

XIII

Es una impresión muy extraña la que produce el arroyo bajo el pie de las reclusas que abandonan su asilo. El aire fresco, el movimiento, el ruido de los coches, no emocionan con tanta viveza el espíritu como el contacto brutal de los pies que no han conocido más que las losas unidas ó los pisos encerados, con la piedra angulosa de las calles.

Ariadna caminaba trabajosamente y sus pies delicados sufrían al dar cada paso; era el emblema de su existencia; debía también probar todas las asperezas de la vida.

Los primeros días que pasó en casa de la señora Sékourof fueron, sin embargo, para ella de un inexplicable bienestar. Sentíase rodeada de una **compasión** real y eficaz; y además el canto, el canto divino, inagotable, le abría el cielo durante tantas horas; la señora Sékourof se vió obligada á prohibirle cantar más allá de cierto tiempo prudencial.

En el fondo de su alma, Ariadna no era desgraciada; estaba muy lejos de sospechar la abominable trama de que había sido víctima expiatoria: creíase expulsada por haber faltado á clase el día que se excedió en cantar, y la parecía haber sido castigada

con exceso en relación á la falta que cometió. Atribuía aquella severidad á las maquinaciones de la Grabinof; pero desde que vivía con la anciana señora, haciendo una existencia muy retirada y empleándola bien, casi sentía tentaciones de dar gracias á la señora de clase que así le había economizado ocho meses de miserias.

Había comunicado sus ideas á la señora Sékourof, y ésta, aun comprendiendo que era necesario hacerle saber las causas que motivaron su expulsión, no tuvo valor para herir la pureza de la joven y su sencilla ignorancia. Siempre había tiempo para que supiese lo que la sociedad le atribuía.

Ariadna no fué al conservatorio; la manera con que salió del instituto le cerraba las puertas de todos los establecimientos oficiales. Era necesario buscarle un profesor de canto que quisiese encargarse de su educación musical.

No faltan en la sociedad profesores prontos á emprender semejante misión; pero no puede confiarse una joven á un maestro sin discernimiento y la situación excepcional de Ariadna hacía que la elección de profesor fuese aún más difícil.

Sin embargo, la señora Sékourof halló un artista de primer orden, de una moralidad irreprochable; bastante honrado para que ninguna madre temiese confiarle á su hija. Ese fénix había emprendido bastantes veces la ingrata misión de preparar para la escena magníficas voces, sin retribución alguna mientras durasen los estudios; pero estipulando una recompensa para cuando terminasen y produjeran resultados pecuniarios.

Ese modo de pactar, muy generoso en realidad, pues de tantos talentos como todos los años presentan al público los conservatorios, son muy pocos los que llegan á labrarse un nombre, había tenido, á lo que parece, resultados poco ventajosos para el profesor, pues había jurado no enseñar más con aquellas condiciones.

A las primeras palabras de la señora Sékourof, la repuso:

—¡Una voz hermosa! ¡Y qué! ¡Hay doce docenas de voces hermosas! ¿Se figura usted que eso es cosa rara? ¡Y que cotorras están hechas esas señoritas de hermosa voz! Ya tengo bastante; estoy harto y no hablemos más.

—¡Pero, querido maestro, óigala solamente!—insistió la señora Sékourof,—cuando la haya oído entonces se convencerá.

—¡Pardiez, es cosa fácil! ¡Soy muy torpe! He aquí precisamente por qué no quiero oír. ¿Es bonita?

—Encantadora, más que bonita, y hecha para la escena.

—¡Aun mejor! Vuestras voces hermosas son insoportables; no hay más que mujeres feas á las que no se puede hacer comprender la razón. ¡Vaya, no quiero, ya se lo he dicho! ¿Cómo se llama?

—Ariadna, nombre bonito, ¿no es así? y que sentará muy bien en un cartel.

—¡Cartel! ¡Ya! ¡Qué deprisa va usted! ¿Es alta?

—Muy alta y elegante.

—¡Esas mujeres bonitas son una calamidad!—re-

funfuñó el profesor,—son vanidosas como pavos reales. ¿Qué edad tiene?

—Diez y siete años.

—¡Diez y siete años! ¡Es juicioso empezar el canto á los diecisiete años!

—¿Demasiado pronto?

—¡Demasiado tarde! ¿Qué quiere usted que haga con una voz que indudablemente ha adquirido ya malas costumbres?

—¡Querido maestro, si no ha cantado nunca más que cosas de liturgia!

—¡Una gazmoña, ¡vaya! ¿Y quiere usted que eso entre en el teatro?

La señora Sékourof se echó á reír diciendo:

—Vamos, decididamente, usted no quiere enseñarla; al menos, no diga tanto malo sin conocerla; sabido es que cuando se quiere matar á un perro...

—Bien—refunfuñó el profesor,—¿usted me ha dicho que es una tiple?

—Contralto.

—¡Todo está lleno de contraltos en Rusia! ¡No hay más que eso! No quiero.

—¿Qué día quiere usted que se la traiga?—repuso la señora Sékourof, comprendiendo que el maestro quería oír á Ariadna.

—Bueno, mañana á las once. Y sobre todo no se retrase usted; esas jóvenes bonitas no acaban nunca de arreglarse.

Muy contenta se fué la señora Sékourof á llevar la noticia á su protegida.

—Va usted á cantar ante Morini—la dijo;—es el primer profesor de canto que hay en el mundo. Si

le gusta su voz, no dudo que se encargará de enseñarla, pero es muy quisquilloso. Sea usted lo más sencilla posible; á él le gusta la sencillez, y no tenga miedo, pues no la dejaría cantar bien.

Ariadna se sometió á todos los consejos, y á la hora fijada se presentó en casa del maestro.

Era la primera vez que se encontraba en presencia de un extraño, pues desde que salió del instituto, no había visto á los hombres más que en la calle. El primer profesor de Europa debía ser algo refulgente é ideal. Grande fué su sorpresa al hallarse con un anciano pequeñito, muy parecido á un mono, con ojos negros muy grandes, vivos, limpios y llenos de expresiones variadas. Aquel ilustre profesor, para ir por casa llevaba un abrigo de verano de tela raída, deshilachado por los bordes, y al que faltaban algunos botones, y unas zapatillas bordadas, regalo sin duda de una discípula agradecida, pero poco experta en estética.

—¡Cante usted!--dijo el maestro en seguida, arrellanándose en un sillón, con las piernas cruzadas y cegiéndose su seca rodilla izquierda con la mano derecha.

A las primeras notas se enderezó, soltó la rodilla, asióse á los brazos del sillón y sus ojos se fijaron en Ariadna. Pero ésta no le veía. *Había partido*, como decía sonriéndose la señora Sékourof. Su espíritu estaba tan lejos, tan por encima del pequeño salón de música, tan lejos y tan elevado, que no tenía miedo.

—¡Cante otra cosa!--dijo el maestro cuando terminó su vocalización.

Ariadna cantó el himno del ofertorio; los sonidos llenaban la pequeña habitación, el piano vibraba. La señora Sékourof oía con las manos juntas, bajo el imperio irresistible de aquella voz maravillosa; de repente, el viejo profesor saltó sobre su asiento como si fuese á estrellarse sobre la pared; cogió la cabeza de Ariadna entre sus manos, estrechándola con una especie de rabia.

—¡Que artista, Dios mío, que artista! ¡Pero no sabe cantar nada! Todo está por hacer. ¡Tanto mejor! Al menos nada tendrá que olvidar. Tendrás lección tres veces por semana, hija mía—dijo á Ariadna, estupefacta.—Serás una gran cantante; vamos, óyeme esto:

Y empujó á Ariadna, que no le dejó el sitio con bastante rapidez; y con un arte consumado, con un gusto irreprochable, cantó con su hermosa voz de barítono, demasiado débil para la escena, pero poderosa y rica para aquella habitación, un trozo de un oratorio de Hændel: *La fiesta de Alejandro*.

—¡Bueno! ¿qué dices?—le preguntó el maestro, retirándose del piano.

Ariadna, aunque oía, no parecía volver á la realidad.

—¿He de cantar eso?—preguntó.

El maestro se puso á reír.

—Eso no; es para hombres, pero cantarás otras cosas. Mas, por ahora, tampoco. Tú tienes que vocalizar durante dos años en todos los tonos.

—¿Luego, quiere usted enseñarme?—murmuró la joven, no comprendiendo aún.

—¡Pardiez! ¡Es tonto! ¡Si no quisiese nada con-

tigo, crees que me hubiese costado trabajo desengañarte! Además, yo sólo tuteo á mis discípulas, ¡pero las tuteo á todas! Esto es más cómodo. ¡Pequeña serpiente, ¡qué talento tienes! ¡Qué ingratitud me harás! En fin, el mundo está hecho así.

La señora Sékourof se retiró con Ariadna tan deslumbrada y como estupefacta. Las lecciones comenzaron al día siguiente.

La joven trabajaba con un ardor reconcentrado que no degeneraba ni un instante en esos excesos de trabajo seguidos siempre de desfallecimientos que en realidad son una verdadera malversación del tiempo y de las fuerzas. Progresaba de un modo lento y firme; á la exaltación de sus primeros ensayos siguió una resolución seria. Comprendía perfectamente que sus estudios la hacían contraer una deuda que sólo ella podía pagar, y eso con un esfuerzo serio y una conciencia honrada, como seguía el estudio de las lecciones. Además, las escalas y los ejercicios de pura técnica que le hacía cantar su profesor, no favorecían ni desarrollaban sus ensueños entusiastas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. DE N. L.
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

XIV

Seis meses pasaron de este modo. Había llegado una época, que es en Rusia más que en ninguna otra parte, de distracción y placeres mundanos. No hay sitio donde no se diviertan, para indemnizarse de las siete semanas de disgusto que le siguen. La señora Sékourof no podía proporcionar á Ariadna grandes distracciones; su escasa fortuna se oponía, lo mismo que sus gustos casi monásticos. Sin embargo, hubiese querido llevarla á la ópera, pero el maestro de cantó puso su veto.

—Aun no—había dicho.—¡Qué mosca le pica á usted! ¡Quién diablos le mete prisa! ¡Ya tendrá tiempo de probar su gusto! Tiene usted en suerte una pupila que no ha visto nada malo, ni aun mediano, y es necesario que no pervierta usted su gusto! ¿Quiere usted que retroceda lo mismo que las sopranos italianas?

La señora Sékourof tomó el exabrupto del maestro por lo que valía; es decir, por un consejo excelente, y Ariadna no fué á la ópera.

En cambio, la excelente mujer quiso proporcionarle diversiones menos peligrosas y más populares. El último sábado de Carnaval llevó á la joven á ver

las *Balaganes*. Llamadas así por ser obra de los artistas de teatro, por hacerse juegos á los que concurrían los forasteros, efectuándose en aquella época en la amplia plaza del Almirantazgo, que se extendía entre el Palacio de Invierno y el Senado, hasta que unos jardines recientemente plantados la han reducido á su mitad. Desde los nuevos embellecimientos, las *Balaganes* se han trasladado al Campo de Marte, y el golpe de vista pintoresco que presentaba la larga hilera de construcciones de madera adornadas y pintadas, ha perdido bastante.

En los buenos tiempos antiguos de los cuales hablamos, los teatros de pantomimas, circos, colecciones de fieras, títeres, caballos de madera, montañas rusas, formaban una serie no interrumpida de diversiones populares; los *fenómenos* y las *sonámbulas* no faltaban. La originalidad de esos espectáculos no estaba en su misma esencia, sino en el gusto con que las gentes de posición participaban de tan groseros placeres. Era de buen tono entre la juventud elegante haber estado en un par de barracones de esos. Las señoras apenas entraban, á menos que no fuese para satisfacer un capricho de sus esposos ó de sus hijos; pero los carruajes de la aristocracia de San Petersburgo desfilaban durante toda la tarde, siguiendo dos círculos concéntricos paralelos y muy próximos entre sí en torno de esa hilera de construcciones que medía más de kilómetro y medio de longitud.

Las filas eran contrarias, es decir, que las dos de carruajes iban en sentido inverso una de otra. De ahí que en esa interminable procesión resultasen in-

numerables encuentros.

Aquella disposición permitía perfectamente á los enamorados cambiar señales y á las coquetas despertar pasiones; ninguna madre prudente, ninguna directora cautelosa debía llevar allí á las jóvenes. Sin embargo, una costumbre tan antigua como la fundación de los institutos, hacía que fuesen á aquel sitio las señoritas más aplicadas, en coches de gala arrastrados por cuatro caballos, con dos lacayos y cochero vestidos de rojo.

Esos coches magníficos, sacados por las circunstancias de las caballerías de la Corte, iban á buscar á las señoritas al instituto. En cada uno de ellos se acomodaban siete ú ocho, en unión de la señora de clase, y el convoy se dirigía al trote largo hacia la plaza del Almirantazgo. Allí los coches tomaban sus puestos en la fila, y durante una hora ó dos las jóvenes reclusas gozaban del espectáculo más mundano y menos delicado que es posible imaginarse.

No es que faltase lo pintoresco. El vehículo más extraño tenía derecho á ponerse en fila y nadie se sorprendía al hallarse con el bajo trineo arrastrado por un caballo panzón y cabezudo, llevando á toda una familia de panzones y cabezudos.

Luego venían los oficiales de la guardia galopando y caracoleando en sus mejores caballos, coches familiares con nidadas de bebés rubios y morenos, serios como conviene estar fuera de casa; jóvenes sonrientes, mamás gordiflonas y con reumas, producto de aquel tiempo húmedo y desigual, cumpliendo heroicamente con el deber de mostrar su proge-
nie al público: ricas comerciantes vistiendo pesadas

telas de seda de vivos colores, cubiertas con un *fichú* de seda terminado en punta, sujeto con un alfiler por debajo de la barba, que dibujaba estrictamente el óvalo redondeado de su cara; iban, tan tiesas como cirios, en magníficos coches á la última moda arrastrados por los caballos más hermosos que se pueden imaginar, y con seguridad nada podía haber tan extraño como aquel contraste de los trajes antiguos y pasados de moda con las magnificencias del lujo más reciente.

Todo esto y mil detalles más contemplaba Ariadna con curiosidad; aquella feria de las vanidades le parecía tan divertida y tan poco real como si la viese en un kaleidoscopio. De pronto, una aparición vino á protestar de la realidad del espectáculo que se ofrecía á sus ojos.

El desfile de coches del instituto desembocaba en la plaza al trote largo, mezclándose en el movedido círculo, que por un instante se vió obligado á interrumpir su marcha para dejar sitio al nuevo elemento; después de una corta detención, los coches siguieron al paso, y las jóvenes del instituto se inclinaron sobre las abiertas portezuelas para saborear más á su gusto un placer tan ceremoniosamente rechazado el resto del año.

A pesar de los esfuerzos de las señoras de clase, las lindas y curiosas cabecitas salían á cada momento, buscando entre la multitud algún semblante conocido. En los tres primeros coches iban las jovenzuelas, verdaderas niñas, que palmoteaban al ver los grandes cartelones pegados en los teatruchos, pero en los restantes iban las señoritas del último

curso, y entre ellas la linda Olga.

Esta, sentada junto á la portezuela de la izquierda, miraba con curiosidad, pero con cierto desden, los placeres del populacho; su altanera mirada recorría los carruajes que venían en sentido inverso y á veces respondía al saludo de alguna señora amiga de su madre, que había ido á verla al locutorio. De pronto, vió á Ariadna modestamente sentada al lado de su bienhechora, en un cochecito de alquiler. Enrojeció de vergüenza y también de alegría; se inclinó con rapidez sobre la portezuela gritando:

—¡Ranine!

Admirada de oirse llamar en público, Ariadna se enderezó, viendo á su antigua compañera. Olga, al verse reconocida, empezó á tirarla besos, á pesar de los desesperados movimientos de la Grabinof, que la tiraba de las ropas con encarnizamiento desesperado. Para librarse de ella, Olga metió la cabeza y la dijo algún apóstrofe, probablemente demasiado duro, pues su hermoso semblante no expresaba nada que fuese respetuoso; luego volvió á ponerse á la portezuela, no cesando de hacer signos afectuosos á Ariadna hasta que dejó de verla.

En el momento en que iba á volver á ocupar su puesto, su mirada se encontró con la del joven Bataourof, sobrino de la directora, que montaba un magnífico caballo inglés, dándose el gusto de hacerle caracolear un poco. El joven, desde hacía un momento, trataba de encontrarse con la mirada de Olga, pues le costaba trabajo dejar sin concluir la bonita novela cuyo desenlace esperaba que fuese una boda. Miró á la joven lanzándola la más tierna mi-

rada que ningún oficial de caballería, pudo encontrar en su arsenal. ¡Pero, oh sorpresa! Los ojos de Olga antes tan dulces, cuando miraban á Ariadna, tomaron una expresión de indecible desprecio. Miró á Batourof guiñando algo los ojos, como una persona miope que trata de recordar un semblante poco conocido; luego volvió la cabeza con la indiferencia de una señorita bien educada que no quiere la hallen hermosa.

El joven se quedó estupefacto por esta acogida, y volviendo riendas, se fué á su casa á meditar sobre su malaventura, mientras que Olga y sus compañeras continuaban el paseo. La joven aristócrata acababa entonces de comprender toda la gravedad de su imprudencia. Hasta entonces no había visto en las citas nocturnas más que una travesura reprehensible; al recibir la mirada de aquel hombre, comprendió que le había dado derecho para hablarle con semejante lenguaje mudo, y que se había jugado su honor, y su piedad por Ariadna, que pagó su culpa, se hizo más dulce y más tierna.

Tres meses después, en una hermosa mañana de Junio, Ariadna, siempre acompañada de la señora Sékourof, que verdaderamente desempeñaba la misión de una madre, pasaba por delante de la puerta del instituto para ir á dar su lección de canto. Vió numerosos carruajes particulares que esperaban á lo largo de la calle.

—¿Qué pasa en el instituto?—preguntó á su madre adoptiva.

—Es el día de la salida—repuso ésta, sintiendo no haberlo sabido á tiempo para evitar á Ariadna

una emoción tal vez sensible.

Desde el suceso que llevó á la huérfana á su hogar, no había mantenido con la superiora más que relaciones superficiales y tardías. Toda simpatía desapareció entre las dos mujeres desde el día en que la inocente pagó por las culpables. La señora Sékourof juzgó con severidad á la superiora, y ésta, sintiéndose avergonzada, no le era agradable la presencia ni aun el recuerdo de su antigua amiga.

Un coche que esperaba delante de la puerta partió al trote largo, arrastrado por dos magníficos caballos de raza, y, sentada al lado de una mujer hermosa de unos treinta y seis años, su madre, Ariadna vió á Olga.

Era ella, aunque desfigurada por un elegante traje de la alta sociedad, con el cual había reemplazado el uniforme del instituto: con un traje de seda rosa pálido, sombrero de paja adornado con gasas de muselina bordada y rosas, Olga estaba desconocida, pero más hermosa que nunca.

—¡Dios mío, que bella!—exclamó Ariadna.

La señora Sékourof miró alternativamente á los dos jóvenes. Con su traje de lana gris y su sombrero de paja negra, Ariadna era aún más hermosa que la princesa Olga, pues en lo sucesivo es así como la llamaremos.

Aunque el coche pasó con mucha rapidez, Olga había visto á Ariadna. Su mano fina, cubierta con guante gris perla, se posó sobre la portezuela y saludó, sonriéndose, á su desheredada compañera.

—¡Tiene buen corazón!—dijo Ariadna suspirando.

—¡He de agradecerle este recuerdo después de lo

que ha pasado!

La señora Sékourof reprimió otra vez el deseo de manifestarle su verdadera situación. ¿A qué llenar el alma de la joven con un semillero de rencor y de odio?

El coche se alejó con rapidez; otros varios le siguieron; pero nadie se cuidó de saludar á Ariadna.

—Yo hubiera salido también hoy—dijo subiendo la escalera de su profesor.

Era la primera frase que decía después de ver á Olga.

—¿Lo siente usted?—preguntó la señora Sékourof en el momento en que su protegida tiraba del cordón de la campanilla.

—¡No! Lo que tengo vale más que todo lo que hubiese podido tener—repuso la joven;—he ganado ocho meses de estudio... y de ternuras,—añadió mirando á su segunda madre, antes de pasar la puerta que se acababa de abrir.

XV

Diez y ocho meses pasaron aún, durante los cuales la señorita Ranine pasó por todos los grados del difícil arte del canto. Su viejo profesor, que había concluído por apasionarse de aquella hermosa voz, no economizaba ni tiempo ni trabajo para perfeccionarla; y sus consejos, rudos á veces, preservaron á Ariadna del orgullo, cosa natural en los talentos en germen.

Aun no la había hecho cantar más que ejercicios y la joven nunca exigió otra cosa. Una mañana fué sola á casa de su profesor, pues la salud quebrantada de la señora Sékourof no le permitía acompañarla, y aquel le dijo:

—¿Podrías cantar esto?—y le presentó una romanza de Alicia en el primer acto de *Roberto el Diabla*.

Ariadna cogió la partitura, descifró el canto de una ojeada, leyó la letra en voz baja y empezó vacilante; luego su voz se afirmó, olvidóse del resto del mundo y con un sentimiento profundo y expresión extraordinaria, concluyó:

*Huye de los consejos audaces
Del seductor que me ha perdido.*

—¿En dónde diablos has aprendido tú á cantar de esta manera?—exclamó el viejo italiano plantándose ante ella.

—¿Dónde? ¡aquí con usted!—repuso Ariadna sorprendida.

—¡Eso no es verdad! Yo no te he enseñado á cantar ópera. ¿Esto te lo has buscado tú sola? ¡Pero tú lo has aprendido de antemano!

—Le juro á usted que no—respondió la joven con presteza, algo molestada por esta suposición.

Sin responder, Morini sacó de una carpeta otro trozo; se lo presentó á su discípula, y, sentándose al piano, ejecutó repentinamente el *arioso* de *El Proyecto*, que tantas lágrimas ha hecho derramar. Esperaba así sorprender en el semblante de su discípula algún gesto que denotase la costumbre de cantar, pues no hay ninguna contralto que no se haya ensayado con ese trozo tan sencillo como peligroso. El semblante de Ariadna conservó su expresión de asombro, y dejó de entrar á tiempo.

—¿Qué haces?—exclamó el maestro.

—¿He de cantar?—preguntó Ariadna con sencillez. El maestro movió los hombros.

—Trata ahora de contar los compases. ¡Vocaliza! Obedeció y, á medida que el sentimiento de esa invocación suprema iba penetrando en ella, su hermoso semblante se transfiguraba, sus ojos lanzaban chispas y las manos, con que sostenía el papel, á pesar suyo, temblaban al expresar las apasionadas frases; luego se animó, su cuerpo, de líneas puras y gallardas, parecía agrandarse, y acabó llena de emoción.

—¡Repíte! ¡La letra!—dijo el profesor casi tan

emocionado como ella.—¡Canta!

Volvió á empezar; la primera frase, ¡*Oh, hijo mío!*; parecía decirla un alma desesperada; la segunda, rebosante de desesperación y ternura, brotó de sus labios como una plegaria; se dejó arrebatar por el papel, sus ojos se dilataron, colocó el papel sobre el piano para seguir la letra con la vista, y elevó hacia el cielo sus magníficos brazos.

¡*Bendito seas!* cantó derramando lágrimas de verdad que inundaron su semblante.

Morini abandonó el piano, corriendo hacia ella con intención de abrazarla, pero el respeto le contuvo; tomó la mano de la joven cantante, helada por la emoción, y la besó como si fuese la de una reina.

—Eres una gran artista—le dijo.—El mundo es ahora tuyo. El próximo mes darás un concierto, pues nada puedo ya enseñarte que tú no sepas aprender sola. Cantas con naturalidad, esto vale más que todas las lecciones.

—Eso ha sucedido, ¿no es verdad?—le preguntó Ariadna.

—¿Qué es lo que ha sucedido?

—Esa madre que bendice á su hijo; el hijo que ama á su madre más que á su amor. ¿Ha pasado? ¡Que hermoso es!

—¡Pardiez, sí que ha pasado!—repuso Morini.—¡Todo ha sucedido! Vaya, toma la partitura; lee, trabaja, encuentra papeles, lee obras, cree que todo ha sucedido, ¡sublime sencillez! ¡Y harás llorar al universo, porque eso sucederá!

Recobrando su prudencia, producto del estudio y de los años, el profesor se repuso.

—Lee de todo, pero no á la vez; busca un papel y trabájale. No hay que estropear el bien, pues la vida es larga.

Seis semanas después, los carteles anunciaban el primer concierto en el que debía tomar parte Ariadna; pero para presentarse al público había escogido un nombre de guerra: Ariadna Mellini. El profesor lo había aconsejado y la señora Sékourof exigido.

XVI

El concierto debía verificarse en la sala de los Cantantes de la Corte, pequeño salón en donde se oía la música mejor en San Petersburgo. Desde las primeras notas el público comprendió que no era una mujer vulgar la que se presentaba ante él; que tenía una dignidad que no se aprende. Ariadna era una artista de raza, que no podía hacer nada vulgar ó mediano.

El profesor había elegido el público; los billetes estaban colocados todos por él, pues Ariadna no conocía á nadie; fueron repartidos entre esa sociedad casi exclusivamente melómana, que no falta al *debut* de un artista, ni á una audición de música de cámara. Hay en San Petersburgo un núcleo de trescientas ó cuatrocientas personas á las que no les duele gastar una buena parte de sus rentas para animar á artistas jóvenes y para gozar los placeres finos y delicados que produce la música buena ejecutada de un modo irreprochable. Es un núcleo de personas de buen gusto que hacen de San Petersburgo una de las capitales del mundo musical.

Ariadna obtuvo un gran éxito y fué llamada varias veces por los entusiastas *dilettanti*. Su escultural